



H-industri@ *Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*

Año 2- Nro. 3, segundo semestre de 2008

In memoria **Jorge Schvarzer (1938-2008)**

Marcelo Rougier

Jorge Schvarzer falleció el 27 de septiembre de 2008, a los 69 años. Ingeniero de profesión, su nombre ocupa un lugar principal en la historia de la industria como el de otros ingenieros preocupados por esa temática que generacionalmente lo precedieron: Alejandro Bunge y Adolfo Dorfman.

Se especializó en ferrocarriles, pero su preocupación por la trayectoria y los problemas de las actividades manufactureras fue muy temprana. A fines de los años cincuenta Jorge militaba junto a un pequeño grupo de estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires en el Movimiento de Afirmación Reformista, una agrupación estudiantil independiente; algunos de ellos se nuclearon en torno al también joven y agudo intelectual trotskista Milcíades Peña, cultor de un profundo marxismo crítico, en línea con el historicismo y humanismo de Henri Lefebvre. Durante casi un lustro, mientras completaba su carrera de grado, Jorge se formó intelectualmente junto a Peña, quien lo introdujo en los clásicos marxistas, en los escritos de Maurice Dobb, Paul Sweezy, Henri Lefebvre, György Lukács, Isaac Deutscher, Antonio Gramsci y en la sociología crítica de Charles Wright Mills. Ese clima de avidez intelectual, signado por un marxismo creativo, entendido no como verdad revelada o profecía sino como crítica de la realidad existente e instrumento de transformación, sería fundamental para los intereses, interpretaciones y compromisos que Jorge desarrollaría en las décadas siguientes.

En 1963 Peña impulsó una nueva publicación periódica (*Fichas de Investigación Económica y Social*) con la clara vocación política de polemizar con la izquierda socialista y comunista, y particularmente con la denominada “izquierda nacional”. En la revista ocuparon desde su primer número un lugar destacado los análisis de la dinámica de la producción industrial argentina y las causas de su pobre desempeño. Algunos de los análisis ya habían sido redactados por Peña con anterioridad y fueron actualizados con la colaboración de Jorge Schvarzer. Publicados entre abril de 1964 y junio de 1965, casi

todos ellos bajo el seudónimo de Víctor Testa, debatían la idea clásica que enfatizaba la oposición entre empresarios industriales y terratenientes, y la debilidad de los primeros; por el contrario, se destacaba la fuerte imbricación entre esos sectores y el capital extranjero. En definitiva, esos estudios cuestionaban la existencia de una “burguesía nacional” con “intereses históricos” distintos de los inmediatos que sólo reproducían la dinámica de la dependencia y el subdesarrollo.

El impacto de la muerte de Peña, en diciembre de 1965, fue devastador para ese pequeño grupo. Jorge continuó con la dirección de la revista de la que salieron solo un par de números más. Su labor intelectual se resintió en los años inmediatos siguientes, en parte como resultado del clima político que impuso el régimen del dictador Juan Carlos Onganía, y en parte porque tuvo que dedicarse a su labor profesional, como asesor en temas industriales en varias empresas privadas y en Ferrocarriles del Estado. Esa actividad, una beca en Japón y un puesto en una oficina del gobierno francés le brindaron la oportunidad de observar *in situ* los distintos problemas vinculados al desarrollo económico. En esos años también se abocó a difundir la obra de su maestro; junto al poeta y humanista libertario Luis Franco, compiló y revisó los trabajos sobre historia argentina y de la industria de Peña, a los cuales agregaron títulos y subtítulos. Esos escritos fueron publicados entre 1968 y 1974 como pequeños libros por la editorial Fichas, creada para tal propósito. Seis de esos volúmenes conformaron la “Historia del Pueblo Argentino”, a los que se agregó, entre otros, *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* una respuesta devastadora de Peña a las críticas que Jorge Abelardo Ramos había realizado al número de la revista *Fichas* dedicado al sector manufacturero.

Entre 1971 y 1972 su residencia por motivos laborales en un París aún convulsionado le permitió involucrarse con grupos marxistas y compenetrarse del debate sobre la dinámica del capitalismo contemporáneo, que proliferaba por esos años. A partir de aquellas inquietudes escribió un conjunto de trabajos que fueron publicados luego bajo el seudónimo de Víctor Testa, con el que pretendía preservar la tradición intelectual de su maestro: un libro sobre las formas de penetración de las empresas multinacionales (*Empresas multinacionales e imperialismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973), un “trabajoso borrador de discusión” sobre el imperialismo y sus consecuencias para el desarrollo de los países atrasados que terminó en 1973, que fue publicado años más tarde (*El capital imperialista*, Fichas, Buenos Aires, 1975); y también una crítica a las tesis de Arghiri Emmanuel sobre el intercambio desigual (*La explotación entre naciones*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1974).

De regreso en el país se incorporó como profesor en las cátedras de Problemas económicos y Economía industrial en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, y desempeñó el cargo de Director del Departamento de Economía y Organización en esa misma institución. También se sumó como especialista en temas de desarrollo económico a la redacción de *El Economista*, periódico en el que colaboró hasta 1990. Como resultado de su experiencia en Japón publicó un libro que reunía

una serie de ensayos y artículos ya publicados (*El modelo japonés de desarrollo*, Buenos Aires, Ciencia Nueva, 1973.).

En 1975, pocos meses antes del brutal plan de ajuste económico conocido como “el rodrigazo”, Jorge publicó -también bajo el seudónimo de Víctor Testa- un estudio de la coyuntura económica. Se trata de un trabajo “de transición” en su metodología y presentación de los problemas; junto a un enfoque estructural centrado en la dinámica de las clases sociales, incluyó un relato de la coyuntura económica, no reductible a los elementos de análisis y categorías que podía proveer el marxismo tradicional. Con una narrativa descriptiva -sólo en apariencia ingenua- da cuenta de la evolución del corto plazo, una “metodología” expositiva de gran claridad que sería parte de su sello particular. En sus siguientes trabajos el andamiaje estructural y el “método” marxista sólo se presentaría de manera implícita, sin citas recurrentes a *El Capital* y sin la utilización de las categorías utilizadas hasta el hartazgo en los análisis dogmáticos. El derrotero político del país también habilitaba esa transformación, cristalizada en el abandono del uso del seudónimo.

Después del golpe militar se incorporó como investigador al Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA) que dirigía Jorge Roulet, y que funcionaba como reducto de supervivencia de un conjunto de intelectuales raleados de las universidades y centros de investigación por la represión desatada de la dictadura; fue una etapa de gran producción y enriquecimiento intelectual. En esos años compartió con Jorge Federico Sábato las preocupaciones sobre la conformación de la clase dominante en la Argentina, participó de sus tesis aunque intentó darle mayor flexibilidad a algunas de sus hipótesis incorporando las intuiciones y hallazgos de Milcíades Peña, que Sábato no había leído y descartaba al igual que muchos otros académicos. Peña enfatizaba en la “unidad” de intereses entre terratenientes e industriales, lo que no era sinónimo de “identidad”; para Sábato esa identidad se cristaliza a fines del siglo XIX y cobra forma una “clase dominante” diversificada en varias actividades que procuraba mantener el mayor capital líquido posible y, a la vez, era capaz de realizar inversiones fijas en aquellos sectores manufactureros donde tenía garantizada una alta rentabilidad. Los trabajos de Sábato, algunos de ellos escritos conjuntamente con Jorge Schvarzer, darían lugar a una potente tradición historiográfica que algunos signan como moribunda o agotada pero que no declinan de discutir, lo que confirma su notable impacto como guía de investigación.

La preocupación de Jorge por las transformaciones que se estaban operando a partir de la política económica de Martínez de Hoz dio lugar a nuevos temas que se sumaban a los análisis de coyuntura y del sector industrial (por ese entonces comenzó a publicar periódicamente y por años en *Prensa Económica* un listado de las más grandes empresas de la Argentina sobre la base del análisis de sus balances). En particular, su estudio de largo plazo sobre la conformación y características del estado empresario lo signa como un pionero de esa problemática, señalada aún hoy, tres décadas después, como

parte de la agenda pendiente por los estudios historiográficos sobre empresas. En rigor, ese análisis era parte de un intento de precisar un modelo de funcionamiento del capitalismo argentino en el largo plazo (para el que acuñó el concepto de “complejo estatal-privado”) que estaba siendo socavado por las políticas económicas de apertura y de privatización. Movido por esa coyuntura se abocó al análisis de la política económica de Martínez de Hoz y sus efectos, en particular sobre el sector industrial, que daría lugar a una serie de trabajos publicados más tarde en formato de libro (*La política económica de Martínez de Hoz*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986). Ese trabajo no sólo es valiosísimo por su originalidad y aportes a la comprensión de la política económica del período -se trata de la obra más completa hasta el momento sobre ese proceso- sino también porque, escrito contemporáneamente, advierte y logra dar cuenta del cambio estructural que comenzó a operarse en la economía y la sociedad argentina (mérito que comparte con muy pocos analistas del momento, como Aldo Ferrer, Adolfo Canitrot u Horacio Ciaffardini).

En 1977 fue contratado por el PNUD como consultor para el estudio de diversos temas de política económica en Perú, Panamá y Argentina; dos años después desempeñó tareas como consultor para la OEA sobre el desarrollo integrado en la provincia de Misiones, y entre 1980 y 1984 realizó diversos trabajos para la OCDE. Por esos años también fue incorporado al Comité Tutorial de FLACSO y al Comité Directivo de CLACSO.

Con el advenimiento de la democracia Jorge colaboró con el cuerpo de asesores del equipo económico de Raúl Alfonsín, que inicialmente coordinaba Raúl Prebisch, y asumió la dirección del CISEA (cargo que conservó hasta 1991); desde ese último ámbito mantuvo constante su preocupación por la realidad contemporánea; editó *El Bimestre Económico y Político* con el propósito de condensar la información política, económica y social del país. Paralelamente, impulsó una serie de estudios sobre las corporaciones -con una metodología de abordaje similar que permitiera compararlas-, los sectores productivos y las empresas. Esa iniciativa que tenía finalmente el objetivo de profundizar en el análisis de las características de la clase dominante lo sitúa en un lugar destacado entre los pioneros de los estudios empresariales en la Argentina. Las investigaciones, publicadas en su mayoría como documentos de trabajo, dieron lugar en algunos casos a la edición de libros que tuvieron gran impacto historiográfico. Entre los trabajos firmados por Jorge Schvarzer destacan sus estudios sobre los industriales (*Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi, Buenos Aires, 1991) y uno de los pioneros libros sobre historia de empresas en la Argentina (*Bunge y Born. Crecimiento y diversificación de un grupo económico*, CISEA-GEL, Buenos Aires, 1989). En el primero de esos estudios Jorge retomó en parte las tesis de Peña y se diferenció de aquellos trabajos que partían de considerar a los empresarios industriales como los encargados, históricamente, de asumir un papel protagónico en el desarrollo económico del país. Allí reafirmó que los industriales locales de principios del siglo XX

no eran “impotentes” como habían sostenido por ejemplo Adolfo Dorfman, José Luis de Imaz o Roberto Cortés Conde, y que un conjunto de ellos tenían capacidad para definir políticas en su favor (lo que se reafirmaba a partir de su propio estudio sobre Bunge y Born). La UIA tenía desde sus orígenes poder político y social, y era parte de la clase dominante local; esa misma pertenencia incluso le impedía, en ocasiones, defender políticas pro-industriales. La conclusión era obvia: para lograr el desarrollo del país era necesario “otra clase de dirigentes”, diferente a los que el país había tenido y tenía.

Luego de la experiencia del CISEA, Jorge desplegó una intensa actividad académica y docente en distintas universidades del exterior (UNAM, Paris III, Universidad Federal de Río Grande do Sul) invitado para dictar cursos sobre problemas económicos y sobre historia de la industria latinoamericana. Se desempeñó como consultor del BID en el Instituto de Integración de América Latina sobre problemas de integración industrial en el MERCOSUR y de reconversión industrial. También fue incorporado como miembro del Comité Editorial de *Latin America Research Review* a partir de 1991. Paralelamente comenzó a colaborar habitualmente en el suplemento *Cash* del diario *Página 12* y esporádicamente en el suplemento económico del diario *Clarín*.

Yo lo conocí en 1995 cuando Jorge, recién incorporado a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, dictó un curso de postgrado sobre historia de la industria y las políticas industriales en la Argentina, que de algún modo era parte de la preparación de uno de sus libros fundamentales. Mis expectativas eran muy altas porque sabía de su trayectoria, aunque él por distintas razones por ese entonces deseaba ocultar (lo que poco después ya no tuvo mucho sentido con la publicación del libro de Horacio Tarcus sobre la trayectoria intelectual de Silvio Frondizi y Milcíades Peña). Me impactó su claridad conceptual y didáctica -aunque debo reconocer que mi admiración provenía inicialmente por el sólo hecho de saber que había sido un cercano colaborador de Peña-. Poco después comencé a trabajar a su lado cuando organizó junto a un puñado de historiadores económicos el Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo (CEEED). Mi intención era estudiar el Banco Industrial y Jorge se mostró entusiasmado en dirigir ese estudio; puesto a investigar encontré que él ya había hecho un análisis sobre esa institución. Así me ocurrió con muchos otros temas que yo ingenuamente creía “descubrir”.

En 1996 publicó una de las obras más impactantes de la historiografía económica en las últimas décadas (*La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1996), transformado rápidamente en un *best seller* académico, y el segundo gran libro sobre el sector luego de la obra de Dorfman de los años cuarenta. Se trata de un trabajo de síntesis, con perspectiva histórica, de las numerosas investigaciones que había desarrollado a lo largo de poco más de tres décadas. La obra discute fuertemente las interpretaciones clásicas sobre la industria y también aquellas que la historiografía ha señalado como “neoclásicas” o revisionistas. En particular rescata va-

riados aspectos del proceso de industrialización y enfatiza en claves diferentes a las de aquellas corrientes para explicar los problemas estructurales de la economía argentina. La industria, surgida tempranamente con características oligopólicas, se encontraba en manos de grupos que operaban vinculados a los grandes intereses locales y externos y su estructura se acomodaba a las presiones derivadas de la inserción internacional. Especialmente, Jorge destaca las características de los empresarios, obsesionados por buscar la máxima rentabilidad en el corto plazo más que por demandar mecanismos que posibilitaran un crecimiento sostenido del sector. También destaca que el Estado no había adquirido un papel claro de impulsor del desarrollo industrial, y diversas estrategias fabriles fueron inadecuadas, discontinuas o tardías para evitar el fracaso estructural que sobrevendría después de 1976. Pero si bien estas tesis ya habían sido esbozadas años antes en parte por Peña, Sábato y el propio Schvarzer, a diferencia de lo que han destacado algunos análisis historiográficos simplificadores, en *La industria...* se rescatan numerosas experiencias de empresarios que apostaban a la inversión y el desarrollo tecnológico, aunque muchos sucumbieran finalmente al desempeñarse en un “contexto hostil” por décadas. Ese matiz, que no sólo presta atención a las “conductas empresariales”, sino también a las políticas públicas y los vaivenes macroeconómicos para explicar el derrotero del sector y de la economía argentina en su conjunto fue enfatizado por Jorge Schvarzer en sus trabajos más recientes.

Desde el CEEED impulsó, junto a otros investigadores, numerosas presentaciones y debates sobre historia de empresas (como el Primer Taller de Historia de Empresas que tuvo lugar en la Argentina en 2000, con la participación de destacados especialistas del exterior); éste fue un campo que nunca dejó de promover, particularmente interesado en los problemas de organización y gestión de las firmas (temática a la que se acercó inicialmente más desde la traza de John Galbraith que de la de Alfred Chandler). En 2006 y 2007 publicó dos libros con esa perspectiva y dos compilaciones resultado de talleres que realizó el Centro: *Las grandes empresas no mueren de pie. El (o) caso de SIAM*, Norma, Buenos Aires, 2006 (en colaboración con Marcelo Rougier), *La primer gran empresa de la Argentina. El Ferrocarril del Oeste (1857-1862)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007 (en colaboración con Teresita Gómez), *La empresa ayer y hoy. Nuevas investigaciones y debates*, Facultad de Ciencias Económicas-UBA, Buenos Aires, 2007 (en colaboración con Rougier y Gómez), y *Estudios sobre la historia de los ferrocarriles argentinos (1857-1940)* (en colaboración con Andrés Regalsky y Teresita Gómez). También fue un activo animador como coordinador, comentarista o ponente, de las Jornadas organizadas por la Asociación Argentina de Historia Económica desde fines de la década de 1990.

Los estudios históricos y sus cargos como Secretario de Investigación y Doctorado y profesor titular de Estructura Económica Argentina en la Facultad de Ciencias Económicas, además de sus tareas docentes de postgrado, no pudieron opacar sus preocupaciones por los análisis de coyuntura; publicó algunos estudios sobre la deuda externa, la política económica y los grupos económicos que incorporó

junto a otros trabajos escritos contemporáneamente en esquemas de más largo plazo (*Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000*, AZ editora, Buenos Aires, 1998; y más tarde *Convertibilidad y deuda externa*, Eudeba, Buenos Aires, 2003).

Con el propósito de separar los estudios de coyuntura de aquellos más históricos, en 2001 Jorge creó el Centro de Estudios sobre la Perspectiva Argentina (CESPA) dónde núcleo a un conjunto de jóvenes economistas que lo acompañaron en esa tarea, y cuya producción puede calificarse simplemente como febril, acicateada por los avatares macroeconómicos que sufría el país. Ese mismo año tomó parte junto con otros docentes e investigadores en la elaboración y discusión de los documentos que dieron origen al Plan Fénix, en la Facultad de Ciencias Económicas, en momentos en que se cerrajaba la crisis más brutal de la economía argentina contemporánea. Su compromiso con esa propuesta fue decidido y en él recayó buena parte de la elaboración de los informes finales del grupo, con el que no dejó de colaborar hasta sus últimos días. Entusiasmado con los cambios económicos más recientes apoyó las políticas económicas del actual gobierno frente al campo y colaboró como asesor de la Secretaría de Industria. Para Jorge, el desafío intelectual sólo cobraba significación como praxis, necesariamente transformadora de la realidad.

Como reflejo de sus grandes preocupaciones, los análisis de coyuntura y los estudios históricos, aquellas que se ligaban en un diálogo continuo entre presente y pasado, escribió recientemente dos libros aún inéditos: uno sobre la política económica del período de la convertibilidad (actualmente en prensa), y otro, más ambicioso, sobre las elites y la clase dominante en la Argentina, donde recuperó la perspectiva de Wright Mills, uno de los autores que admiraba en su juventud.

Si bien en sus últimos escritos lejos quedaron los llamados a la revolución proletaria y consideraba que la burguesía era capaz aún de movilizar el desarrollo económico, no creo que haya dejado de ser, en su fibra más íntima, marxista. Fiel a sus ideas humanistas despreciaba a aquellos empresarios que buscaban rentas fáciles y no apostaban a la inversión porque creía en la necesidad de contar con industriales dinámicos, schumpeterianos, para alcanzar el desarrollo, y en última instancia lograr la transformación social; pero aún sin ellos era posible alcanzar el objetivo -creía- con grupos de funcionarios e intelectuales que combinasen las demandas sociales de más largo plazo con diseños institucionales y estímulos a los empresarios para que acompañen ese proceso, como lo ejemplificaban algunos países asiáticos a cuya evolución les prestaba gran atención.

Penetrante y prolífico, Jorge era capaz de dialogar y polemizar con Roy Hora, María Inés Barbero o con declarados marxistas en el plano histórico, y a la vez resultar airoso en un debate frente a economistas del *establishment* como Roque Fernández o Juan José LLach, por ejemplo. A su gran capacidad para abordar temas diversos, con reflexiones a veces esquemáticas por motivos didácticos pero siempre punzantes, debe agregarse su organización sistemática y la rigurosidad extrema en el trata-

miento de las fuentes. Resulta paradójico que algunos que reclaman con insistencia trabajos de síntesis encuentren en sus obras más importantes falta de abordaje empírico; el trabajo de fuentes se encuentra referenciado en los numerosos artículos que sirvieron para elaborar esas síntesis; pero además, sólo basta acercarse al centro de documentación que fue parte del CISEA, luego continuado por él mismo, para ver innumerables documentos oficiales, balances, revistas especializadas y fuentes muy diversas, todos ellos subrayados o con anotaciones de su propio puño al margen (desde al menos comienzos de los años setenta hasta el presente).

Su enorme aporte intelectual original (que no se reduce a sus más de trescientos títulos publicados) quizás solo cobre dimensión más adelante, con el devenir histórico; pero es indudable que Jorge tiene un lugar en la historiografía local y, más allá de los estudios coyunturales que tanto disfrutaba, seguramente en cincuenta o cien años -cuando la hojarasca encendida por los tiempos de la historia haya dejado de crepitar- sus ideas e hipótesis más provocativas seguirán discutiéndose entre los historiadores, sociólogos, politólogos y aquellos intelectuales preocupados por el desempeño económico y social de la Argentina. No muchas obras adquieren el privilegio de la permanencia más allá de la contemporaneidad... y la de Jorge Schvarzer es una de ellas.

Bibliografía

- 📖 Pampin, Graciela (2006); “La historiografía en torno de la clase dominante. Las tesis de Milcíades Peña y de Jorge Federico Sábato y los debates recientes”, inédito.
- 📖 Peña, Milcíades (2000); *Introducción al pensamiento de Marx (notas inéditas de un curso de 1958)*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- 📖 Regalsky, Andrés (2005); “Financistas, empresarios y clase dominante en la Argentina antes de 1930. Algunas reflexiones críticas”, *Ciclos*, nro. 30, Buenos Aires, 2do. semestre.
- 📖 Rocchi, Fernando (1996); “En busca del empresario perdido: los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato”, *Entrepasados*, nro. 10, Buenos Aires.
- 📖 Rougier, Marcelo (2003); “*In Memoria: Adolfo Dorfman*”, *Ciclos*, nro. 25/26, Buenos Aires, 1er. y 2do. semestre.
- 📖 Tarcus, Horacio (1996); *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.

Recibido: 10 de octubre de 2008

Aprobado: 25 de noviembre de 2008